

La esperanza muere al último

“No hay pandemia que dure cien años ni pueblo que lo resista”, ¡cállate insensato! Le respondí a mi voz interior, mientras caminaba rumbo a la parada del camión que me llevaría a mi destino. La pequeña e impertinente voz se esfumó y con ella el inútil intento de consolación para este malestar que a todos nos aqueja. Ahora solo pensaba: “¡Es viernes!, al fin un pequeño respiro en esta lamentable contingencia”, en realidad aún trataba de asimilar aquel llamado urgente por parte de los medios a utilizar el privilegio de “¡Sálvese quien pueda!” disfrazado de un sutil “¡Quédate en casa!”; el cual tristemente no todos podemos utilizar. Sin embargo, las calles lucen apaciblemente desoladas. ¡Carajo! Todo lo que hubiese realizado estando confinado en mi hogar, hubiese penetrado en aquella pila de libros pendientes por leer y releer, degustando el inmensurable placer de la lectura, inhalando la sublime esencia emanada a cada pase de las hojas, que, en permanente estado de descomposición química producían aquel embriagante aroma a libro viejo. Habría tomado mi sombrero de lona todas las mañanas y de rodillas en la tierra húmeda, hubiese ejecutado el arte del sembrado; entre semillas, esquejes y tubérculos, le hubiese dado forma al inexistente huerto, aquella huerta que solo germinaba sobre los surcos de mi imaginación. Hubiese tenido la oportunidad de concluir el pequeño estanque que le daría vida a ese rincón del jardín, entre rocas el vital líquido reflejaría el verdor de los helechos, alcatraces, elodeas y vulgares plantas silvestres. Las nerviosas lagartijas cazarían a las inevitables y tozudas moscas, los saltamontes implacables devorarían la flora, pero siempre alertas ante el descenso de las aves, que de cuando en cuando se posarían alrededor del estanque en busca de la diminuta fauna.

El itinerario imaginario se vio interrumpido por el ruido de los coches, a lo relativamente lejos divisé mi camión aproximarse, me mentalizo y tomo la firme determinación de abordarlo para después ponerme a salvo en un lugar estratégico, todo sin entrar en contacto con los contaminados pasamanos del autobús. Hago la inconfundible señal acostumbrada para solicitar la parada del camión, el conductor que viene como alma que ha visto al diablo desacelera, se acerca a la parada pero no se detiene, el joven aprendiz aspirante a futuro chofer, es decir, el cacharpo, grita a todo volumen y sin usar cubre bocas -¡súbale súbale!-; mas a fuerzas que con ganas abordo, sujetándome fuertemente del contaminado pasamanos, pago y continúo por el pasillo, el chofer acelera e inevitablemente me sujeto de dónde puedo, me siento en el primer asiento disponible para no perder el equilibrio y caer. “Por lo menos viene medio vacío”, pensé. Aun exaltado por el zangoloteo, me dispongo a buscar el botecito de gel antibacterial, lo aplico con vehemencia y recupero la calma. A la parada siguiente se suben como diez personas y otras tantas a unas cuantas calles más adelante, en cuestión de minutos el camión se aprecia peligrosamente lleno. Una señora conversa vía celular, con los dientes intenta abrir la envoltura de un chocolate mientras le paga al intimidante dulcero ambulante. Un señor visiblemente enfermo se sienta a mi lado, trae puesto un cubre bocas, pero a modo de amuleto puesto que ni siquiera le cubre la nariz, además lo lleva inquietantemente de lado y percutido por el constante manoseo.

Afortunadamente vengo provisto de un cubre bocas doblemente reforzado y con filtro de pellón, sin temor a parecer exagerado adicionalmente traigo puestas unas gafas con diseño hidrodinámico, por lo que me confío un poco, pero solo un poco puesto que el concierto de estornudos, carraspeos y terribles esputos no se hace esperar, siento caer en mi oreja unas cuantas gotitas expulsadas por el señor adjunto, nerviosamente saco el gel antibacterial y lo unto por toda mi oreja, al tiempo que me levanto y lanzando maldiciones me voy a un asiento en la parte de atrás. ¿Qué onda con este señor? acaso no sabe que cuando la pandemia esta así de intensa, lo menos que puedes hacer es evitar esparcir tus secreciones en los demás. ¡No!, obviamente no lo sabe es un inconsciente.

La aparente calma regresa, saco el celular y reviso las redes sociales, el COVID 19 acapara las publicaciones, una en especial llama mi atención: Un usuario se regocija por el positivo impacto ambiental consecuencia del aislamiento de seres humanos y sin mostrar la menor empatía por los cientos de miles de pérdidas humanas, le agradece al mortal virus. Ni hablar, el fanatismo a veces se manifiesta de maneras impensables. Trato de observar la situación en perspectiva, en mi mente se recrean escenas de playas y paradisiacos lugares atiborrados de personas y me pregunto; ¿En verdad es necesario invadir los ecosistemas para estar en sintonía con la madre naturaleza?, en mi mente se recrean escenas en las que miles de perros y gatos abandonados tratan de sobrevivir en la jungla de asfalto y me pregunto, ¿En qué momento echamos a perder las ventajas de la domesticación?, en mi mente se recrean diversos efectos provocados por contaminantes emitidos en los procesos industriales y me pregunto, ¿Realmente somos una especie inteligente?, en mi mente se recrea el día en que todo vuelve a la normalidad y me pregunto, ¿Después de esto, continuaremos impactando negativamente nuestro hábitat y a los que habitan en él?

El agotamiento en mi se hace evidente, los parpados se vuelven pesados y cierro los ojos involuntariamente, por lo que guardo mi teléfono. El balanceo del camión me arrulla y comienzo a dormir, la radio entra en modo de cadena nacional y emite el siguiente comunicado: “Debido a los satisfactorios resultados obtenidos por la Jornada Nacional de Sana Distancia, se toma la decisión de levantar el confinamiento, las actividades habituales se restablecerán paulatinamente en los próximos días”. Una onírica escena se manifiesta ante mis ojos, el grito entusiasta de un alegre grupo de jóvenes festejando el comunicado, los cuales se deshacen de sus cubre bocas en un movimiento idéntico al clásico lanzamiento de ribetes en plena graduación; un grito fuertísimo interrumpe la onírica escena, confundido despierto del profundo sueño a causa del escandaloso pero oportuno -¡súbale súbale!-, me bajo rapidísimo del camión puesto que he llegado a mi destino, aún con la onírica imagen de los alegres jóvenes en la mente, juventud que en un futuro quizás interprete su papel en el planeta, de otra manera.

La pequeña voz regresa repitiendo incesantemente:

“La esperanza muere al último”.